

LA ESPERANZA EN SAN AGUSTÍN

IMANOL LARRÍNAGA BENGOCHEA, OAR

“Para que conozcáis cuál es la esperanza a que habéis sido llamados por Él “ (Efesios 1, 18)

“Dios nos ha regenerado para una esperanza viva” (I Pedro 1,3)

CONTEXTO

“Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno. En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo” (Lumen gentium 50)

REFERENCIA

Y, ciertamente, necesaria como expresión de vida. AGUSTÍN de Hipona es uno de “esos hombres como nosotros” *que iluminan la vida cotidiana como esperanza*: “Estando ya cercano el día de su partida (de Mónica) de esta vida –y ese día sólo lo conocías Tú, nosotros lo ignorábamos–, aconteció, por tus disposiciones misteriosas, según creo, que ella y yo nos hallábamos asomados a una ventana que daba al jardín de la casa donde nos hospedábamos. Era en las cercanías de Ostia Tiberina. Allí, apartados de la gente, tras las fatigas de un viaje pesado, reponíamos fuerzas para la navegación. Conversábamos, pues, solos los dos, con gran dulzura. Olvidándonos de lo pasado y proyectándonos hacia las realidades que teníamos delante, buscábamos juntos, en presencia de la verdad que eres Tú, cuál sería la vida eterna de los santos, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni llegó al corazón del hombre. Abríamos con avidez la boca del corazón al elevado chorro de tu fuente de la vida que hay en Ti, para que, saciados por ella según nuestra capacidad, pudiéramos en cierto modo imaginarnos una realidad tan maravillosa” (*Confesiones 9,9,24*)

MENSAJE

“Señor, Dios nuestro. Haz que nos cobijemos a la sombra de tus alas. Protégenos y llévanos. Llévanos como a niños, aunque ya estemos canosos. Tú eres nuestra firmeza y en Ti hay verdadera seguridad. De nosotros mismos, en cambio, tenemos sólo la enfermedad. En ti, y no en nosotros, está el bien que buscamos. Por apartarnos de Él nos pervertimos. Haznos, pues, volver a él para que no nos extraviemos” (*Confesiones 4, 16, 31*)

I. CLARIFICACIONES NECESARIAS

En el lenguaje general, esperanza significa esperar o aguardar algo (bueno). La esperanza cristiana designa la *expectación* o espera de la *salvación*. El Antiguo Testamento enseña la esperanza de la salvación (o bienes) que Dios concede a su pueblo en la tierra. La esperanza cristiana,

igualmente, tiene por objeto una salvación o bienes que no se dan en este mundo: “*Si nuestra esperanza en Cristo sólo es para esta vida, somos los más desgraciados de todos los hombres*” (*I Corintios 15,19*). Sólo la esperanza específicamente cristiana corresponde a lo que Dios quiere hacer efectivamente en el hombre; así, de quienes no tienen parte en ella, puede decirse que *no tienen esperanza* (*I Tesalonicenses 4,13*).

El objeto material de la esperanza (griego “*elpis*”, latín *spes*) es, en primer lugar, “el Señor que viene” (Dios, la unión con su gloria por Cristo, la bienaventuranza en Él). La esperanza nos orienta a Dios: “Dios a quien nos despierta la fe, levanta la esperanza, une la caridad. Te invoco a Ti, Dios mío, por quien vencemos al enemigo, porque victoria es que nosotros no perezamos totalmente” (*Soliloquios 1,1,3*). Del esperar el fin se sigue lógicamente esperar los medios para alcanzar el fin, no sólo los auxilios sobrenaturales (perdón de los pecados, gracia) sino también los bienes materiales necesarios (el pan nuestro de cada día dánosle hoy...).

La esperanza de los cristianos se funda en las promesas de Dios que Él puede y quiere cumplir por su omnipotencia, misericordia y fidelidad; es más, su promesa más grande ya la ha cumplido en Jesucristo, por lo cual los cristianos tienen la *mejor esperanza* (*Hebreos 7,1*). Cristo es nuestra esperanza (cf. *I Timoteo 1,1*), que se funda en lo que Dios ha hecho en Él (*Romanos 5,2*). La esperanza cristiana capacita para soportar el sufrimiento y, a la inversa, el sufrimiento puede ayudar a purificar la esperanza cristiana.

La estructura de la esperanza es profundamente cristológica: “Porque en Él se ha completado ya lo que nosotros esperamos como prometido” (*Contra Fausto 11,7*). El doble objeto de la esperanza adquiere un sentido cristológico porque Cristo es patria y camino a la vez, y al abarcar ambas cosas ha suprimido las distancias entre Dios y los hombres y ha dado alas nuevas a la esperanza humana: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros para que esperemos en la protección de sus alas” (*Sermón 1,5*).

El cristiano vive una peculiar tensión entre seguridad y temor. Tiene el principio en su salvación eterna y de ella puede alegrarse; pero debe temer la conservación y consumación de la misma salvación. Sólo estamos *salvados en esperanza* (*Romanos 8,24*). Agustín sabe que se puede caer en la tentación y volver a ser pecador: “Nadie debe estar seguro en esta vida, que ha sido definida en su totalidad como una prueba, puesto que quien de peor se hizo mejor puede también degenerar de mejor en peor. La única esperanza, la única confianza, la única promesa firme, es tu misericordia” (*Confesiones 10, 32, 48*). O: “Toda una esperanza radica en la grandeza inmensa de tu misericordia. Dame lo que mandas y manda lo que quieras” (*Ib. 10,29, 40*).

II. DEL SÍ AL NO

En la andadura de tantas personas que a nuestro lado se encuentran bastante resentidas, enfermas de cuerpo y de alma, sumidas en la soledad más profunda, las palabras de esperanza ni siquiera resultan fáciles. El sufrimiento es un argumento en contra de la esperanza que sólo puede compensar quien es testigo de la trascendencia y es capaz, al mismo tiempo, de compasión y de ternura.

La historia, con su sucesión de acontecimientos y el intercambio de situaciones muchas veces incomprensibles por su falta de lógica, hace que se respire un aire de desilusión e impotencia aunque no de derrota: “Al parecer vas fluctuando en el mar, pero te recibe el puerto. Tú procura, antes de entrar en el puerto, no desasirte del áncora. Zozobra la nave amarrada a las áncoras, pero es arrojada cerca de la tierra; tampoco su agitación durará siempre, pues es temporal. A esta agitación se refieren las palabras anteriores: he padecido tristezas y turbación en mi prueba. Esperaba al que me salvase de la cobardía y de la tempestad. Hablé en medio de la fluctuación, pero ésta tendrá su fin, porque está sujeta al áncora que es la esperanza (*Comentarios a los Salmos 54, 24*).

La esperanza en sí es un buen anuncio como también lo es la vida cristiana. Esto pide acertar a hablar de Jesucristo viviente en la Iglesia y en el mundo y fuente de esperanza para la humanidad. Pero no es fácil hacer bien el anuncio y la reafirmación de que Cristo es el único que puede dar una esperanza sólida a todo hombre y mujer, a todo pueblo y nación. Sólo las personas llenas de esperanza llegan a decir y a anunciar adecuadamente que Cristo es nuestra esperanza y que la utopía evangélica es la única alternativa a la pragmática social, económica, política y hasta religiosa del momento. Es un anuncio tan difícil como urgente. En medio de los silencios en los que la verdad, el amor, la libertad, la paz, la alegría, aparecen enmudecidos, hay que seguir esperando y afirmar que es posible otro mundo, otra tierra; en una palabra, es posible salir del caos. Es posible pasar de la desesperación a la esperanza. La vida siempre vuelve, renace, rebota. En el fondo de cada creyente permanece la semilla de la esperanza y es la única manera de que lleguen frutos abundantes: “Mirad que la esperanza nos amamanta, nos nutre, nos robustece, y en esta vida trabajosa nos consuela; esa misma esperanza nos hace cantar el aleluya. Mirad cuánto gozo nos da” (*Sermón 255,5*).

El cristiano no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se convertirá en insoportable. Pero esta esperanza es debilitada, atacada, destruida cada día por muchas formas de sufrimiento, de angustia y de muerte que atraviesan el corazón de muchas personas. El cristiano no puede evitar hacerse cargo de este desafío. Sólo el Espíritu de Dios, que vence toda desesperación, nos hace experimentar la “compasión” de Jesús hacia la multitud que no tiene pastor (cf. *Mateo 6,34*); nos acompaña y nos apoya cuando tomamos parte, con amor y simpatía, en las dificultades y dramas de tantos hombres y mujeres carentes de salud, de casa, de familia, ignoradas y pisoteadas en sus derechos fundamentales... Iluminado por la fe en Jesucristo, el cristiano tiene que anunciar una esperanza que también hoy es posible y posible para todos. Dios, en su amor paterno y materno, no priva a nadie de esta posibilidad porque quiere que todos seamos felices. Por ello mismo, con la alegría de quien se sabe discípulo de Jesús y continuador histórico de Cristo vivo, se convierte en testigo y embajador del evangelio en un lenguaje de esperanza: “Busquemos nosotros una esperanza que no nos engañe, sino que satisfaga todos nuestros deseos, de modo que no pueda darse otro bien mayor. ¿Cuál es, pues, la cosa que, al venir a nuestro alcance, hará cesar toda otra esperanza, porque será la plenitud de lo deseable? ¿Qué será ello? ¿Será la tierra? No. ¿O algo que de ella nace, como el oro, la plata, las plantas, las mieses, el agua?

Nada de estas cosas que nos deleitan, porque son hermosas y útiles. Tú busca al Creador, porque Él es tu esperanza; ahora lo esperamos, después lo poseeremos; ahora la esperanza del que cree, después será el gozo de la visión “ (*Sermón Denis 22, 2-3*).

No somos personas ciegas y la esperanza nos lleva a analizar el sentido de la existencia. El creyente, que camina consecuentemente en la fe, percibe si quienes están con él tienen o no esperanza; intuye dónde hay esperanza y dónde falta. La esperanza nos hace abrir los ojos y escuchar atentamente lo que nuestros oídos oyen. Nada de cuanto sucede es desastroso para el hombre esperanzado aunque haya que contar con el mal, el fracaso y los fallos: “Toda peregrinación, por su misma naturaleza, es dura y cansada. Sólo se emprende con ánimo por la esperanza de llegar a la meta” (*Comentarios a los Salmos 85, 11*).

III. ESTILO Y TALANTE

Para ser un “crítico” en esperanza hay que acertar a mirar lo que ocurre en torno a nosotros (cf. *Lucas 24, 13-14*), a conversar y a discutir sobre lo mismo. Hay que descubrir y tomar nota de las cruces que pesan, darse cuenta y descubrir quiénes son los que “esperaban que sería Él quien libraría a Israel” (*Lucas 24,22*) y entrar en su compañía. Los dos de Emaús son el símbolo de tantos hombres y mujeres confusos, perplejos y descarriados. Pero, para esto, es importante leer los signos de los tiempos, los signos de Dios, e interpretar con criterio sobrenatural de esperanza que sabe “en quién ha confiado” y cómo, desde ahí, se convierte en testigo de esperanza.

El talante de la esperanza tiene que ser auténtico. Hay quienes se ponen máscaras de esperanza. Pero su esperanza no es consistente. No han conseguido interiorizar el auténtico movimiento de la esperanza y, por tanto, engañan. Quitarse la máscara de la desesperación y acertar a confiar en los demás, en sí mismo y en Dios, les produce hasta pánico ya que pone en evidencia lo que realmente somos y deseamos. La esperanza cristiana es tan radical y tan rica que debe dar un vuelco a nuestra personalidad para que quede marcada con una constelación de actitudes nuevas. Todo ello es, a la vez, reflejo y estímulo de la esperanza: “Entre gemidos peregrinamos de aquella Jerusalén celeste y oramos con el deseo. Allí habita Dios. Allí levantó este salmista su fe, allí subió con el corazón en alas de los deseos; y estos mismos deseos expelen del alma la impureza de los pecados, limpiándola de toda mancha, para que ella misma se haga cielo porque alzó los ojos al que habita en el cielo” (*Comentarios a los Salmos 122,4*).

La esperanza del creyente es teologal: viene de Dios, es don suyo. No se identifica con el optimismo propio del que cree que lo puede todo por sí y llega a realizar todo aquello por sus propias fuerzas. Ni tampoco se identifica con la confianza en la bondad natural de las personas o el estímulo que de ellas nos llega. Es una esperanza que cuenta con el cansancio, el fracaso, el riesgo... Pero es una esperanza puesta en Dios y, sobre todo, en Cristo resucitado, presente misteriosamente entre nosotros: “Confía en Dios: Él siempre da lo que promete. Sabe lo que promete porque es la Verdad. Puede otorgarlo porque es la omnipotencia. Dispone de ello porque es la

Vida misma. Ofrece todas las garantías porque es la eternidad” (Ib. 35, 13).

La esperanza teologal es una esperanza histórica. Quiere decir que la historia humana está abierta al proyecto divino y a la creatividad humana y que es posible soñar con un mundo diferente donde todos puedan gozar de las condiciones básicas de la vida y, sobre todo, puedan luchar para que sean una realidad: “La fidelidad del hombre consiste en creer a Dios que promete. La fidelidad de Dios es dar al hombre lo prometido” (Ib. 32, 2, 19). Las personas de esperanza tratan de juntarse a las personas de esperanza. Esto se comunica por contagio. No dura mucho en los francotiradores porque la esperanza es virtud de los que caminan juntos y se orientan siempre para compartir con otros las metas y los caminos. Por eso mismo, las personas de esperanza logran introducirse en un grupo más amplio que el inmediato, el que nos rodea. Así confiesa Pablo cómo la esperanza de Israel le aprisionaba (cf. *Hechos* 28,20). La historia de las personas con esperanza es una historia de vencedores sin vencidos, que libera y crea comunión ya que se dedica a “recordar las maravillas que Dios ha hecho” (*Salmo* 105,5). Donde no hay comunión de vida, la esperanza desaparece. Las razones comunes para la esperanza reúnen a las personas y animan los proyectos humanos más diversos: “Cuando el gozo es compartido por muchos es más intenso en cada uno en particular, pues el afecto y el entusiasmo son contagiosos” (*Confesiones* 8,4,9).

Cada uno recoge lo que siembra. Y la luz es una fuerza dinámica que ilumina el camino y estimula a obrar el bien. Los creyentes estamos llamados a dejarnos sembrar en el corazón y sembrar gozosa y generosamente ya que son muchos los dones recibidos. Quien se ofrece desinteresadamente, ofrece antes su corazón que las manos llenas. Es feliz porque sabe compartir, por lo que es, y, por supuesto, no escatima nada de lo que tiene ya que el ser y el tener son puro don que se ha recibido. Es cierto que el camino de la vida se torna largo y sinuoso, donde proliferan las justificaciones. Puede que en un futuro queden atrás pequeños jirones de esperanza y una interminable lista de argumentos caídos. Esto no supone perder la ilusión.

En un tiempo como el nuestro, también el de san Agustín, marcado por el contraste entre la opulencia de una parte de la humanidad y las condiciones miserables de una inmensa multitud de personas que sufren el abandono más grande, es penoso un suplemento de esperanza que sacuda las conciencias e impulse a las personas de buena voluntad a abrirse a las exigencias de la solidaridad: “Has hallado en el camino un peregrino que suspira; únete a él, será tu compañero; corre con él si tú también tienes los mismos sentimientos” (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan* 10,2). Vivir en este mundo y en las situaciones reales, propias y ajenas, pero sabiendo y queriendo trascender, siendo signo de esperanza.

En este sentido, cabe pensar que la esperanza cristiana es un compromiso para entablar relaciones interpersonales desde el autodominio personal y el respeto al otro. Es un compromiso para luchar eficazmente contra el dolor; es desarrollar en sí la capacidad de disolver, mediante la misericordia, la opacidad del egoísmo humano; es ser transparente y auténtico frente a toda forma de falsedad y de doblez. En cada momento histórico y, muchas veces sin presentir sus causas, se producen en las personas y en la sociedad transiciones bruscas entre el desánimo y la vitalidad más holgada, entre la

corrupción y la estabilidad. Siempre hay ebullición en la vida como conflicto permanente que luego se estabiliza en evolución hacia formas más transaccionales de convivencia. Poco a poco se van logrando algunas formulaciones que, en su momento, parecían imposibles, luego discutibles y, en un momento determinado, van dando paso a una metodología de la vida que se traduce en forma de ser, de actuar, de corresponsabilidad: “Toda la vida del buen cristiano es un santo deseo. Mas lo que deseas, no lo ves; pero deseando, das anchura a tu alma para que se mantenga henchida cuando llegue el tiempo de la visión. Es como si pretendieras llenar algún almacén y sabes lo mucho que te van a dar, y lo vas ampliando; sabes lo que vas a poner allí y te viene pequeño, y lo haces mayor. Así Dios, aplazando el premio, ensancha el deseo, y extendiéndolo, dilata el espíritu y le da mayor capacidad. Cultivemos, pues, el deseo en espera de su plenitud” (Ib. 5,6)

IV. ESTA Y LA OTRA ORILLA

Hay una opresión diaria y muy significativa a lo que supone vivir mirando hacia o desde la otra orilla; consiguientemente, son muy distintos la vida y los objetivos de la misma. Se habla diariamente de buscar y de vivir en equilibrio, garantizado todo él por un mutuo respeto al modo de pensar tan horizontal en la sociedad. A veces, el límite está solamente condicionado por una actitud permisiva en todo, para lo cual no hacen falta modelos trascendentes, sino sólo aquellos que pueden entretener aunque sea engañando.

¿Cómo disipar las nubes del escepticismo en esta hora que parece tan esplendorosa por tanto descubrimiento y, sin embargo, tiene a la vista el mapa de la intrascendencia? Estamos siempre ante un tiempo de la inteligencia del hombre y ante un fracaso de su voluntad; estamos con las razones en la mano. La esperanza... ¿dónde está? En esta hora de optimismo aparente por la sucesión de novedades, ante tanto mundo fatuo y un servilismo tan fuerte, no podemos como creyentes cerrar los ojos. Estamos obligados a señalar los peligros que podría suponer el manejo inhumano de tantas noticias que dejan tan vulnerable a la humanidad que, a duras penas, puede sostener el ritmo bastante cansino de por sí, por la magnitud y la multiplicidad de los problemas. Con toda honradez recordaba Agustín a sus oyentes: “Esto es lo que ante todo he aprendido en la Iglesia: no poner la esperanza en el hombre” (*Sermón 3,4*).

Es cierto que siempre nos encontramos ante la aventura de vivir; lo malo es no caer en que son posibles otros enfoques, menos llamativos pero sí más verdaderos. En la Palabra está la suprema posibilidad que Dios nos ha dado y se puede usar incluso como reproche. Job dice a Dios cosas terribles pero delante de Él y esperando respuesta. Lo espiritual está siempre en la primera razón de la vida aunque no encuentre la Palabra para estar en primer plano. El cristiano no es un capítulo de la historia humana, sino que forma parte del ser humano, es continuador histórico de Jesús. Por ello se enfrenta al fenómeno de reducir lo religioso no sólo al estricto campo de la conciencia o el mundo interior de la persona, sino también a esa ligereza de opinión que se manifiesta con un desparpajo que raya en la frivolidad. Se supone que el cristiano está siempre en una “*tensión de opción*”, y no solamente de opción. En el corazón se dirime muchas veces hacia dónde mirar y desde dónde mirar, y más cuando

los incentivos del ambiente están siempre puestos a ejercer una influencia muy marcada. Valores y contravalores que están presentes aunque en muchos casos el discernimiento se hace bastante difícil porque no aparece con tanta claridad como para decir un sí o un no. De todos modos, la atención a lo inmediato y sin tipo de postura defensiva, sino con la certeza de haber puesto toda la esperanza en Dios y creyendo siempre que es su gracia la que va a hacer posible estar atentos a la llamada de cada momento: “Hemos recibido tales arras de la promesa de Dios; tenemos la muerte de Cristo, contamos con el precio de su sangre. El que a los impíos les donó la muerte, ¿qué guarda para los justos sino la vida? Levántese, pues, la fragilidad humana; no se desespere, no se afloje, no retroceda, no diga: ‘para mí no es eso’...” (Ib. 148, 8).

Hace falta un discernimiento de lo trascendente, de lo que no podemos demostrar, dado que no es luz todo lo que reluce. En el fondo, es buscar y vivir en cada momento la esperanza. Al fin y al cabo, el cristiano es un puente entre la tierra y el cielo y en esta línea se puede orientar gozosamente la existencia cuando se vive con la utopía del don recibido, un don que nos viene otorgado y en el que las fuerzas propias poco tienen que decir. De otra manera, en mayor o menor número, estamos creando –¡ahí la falta de la verdadera esperanza!–, unos pobres dioses autodivinizados que sintetizan los acontecimientos del mundo en sus personas como si cupieran totalmente otras referencias posibles y reales. Pero ¿quién construye el mundo y la historia? La esperanza de tantas personas en sus estrecheces y problemas, aunque no tengan eco interesante; son el verdadero soporte de la sociedad, de una vida...: “Aprended y retened cuál es la esperanza de los cristianos, por qué somos cristianos. No lo somos por buscar una felicidad terrena, que no falta muchas veces a los ladrones y criminales. Somos cristianos por otra felicidad que recibiremos cuando haya pasado totalmente la vida presente” (Ib. 62,6)

La esperanza se enfrenta a la tentación más frecuente y más perniciosa, aunque no figure siempre en la lista de las normales tentaciones: el cansancio. Es fácil cansarse de intentar vivir siempre lo mismo. Resulta monótono y poco divertido y, en consecuencia, se busca afanosamente el cambio como una forma de alivio. Y son muchas las personas que ceden a los primeros combates de esta tentación. Viven el ritmo caprichoso y cambiante de la moda. Son volubles, frívolas, se quedan en la superficie de las cosas, sin llegar a la hondura. Buscan y siguen, con entusiasmo adolescente, nuevas orientaciones, nuevos caminos, nuevas experiencias... Su “profesión” parece la búsqueda de novedades. No se cansan de pedir consejos, con la secreta e inconsciente esperanza de encontrar un alivio a su cansancio y a su aburrimiento. Ante este fenómeno debemos enfrentar el contenido vivencial de la vida cristiana. Ciertamente, la vida cristiana es asombrosamente rica y densa en contenido y en significatividad. Nunca se toca fondo y es que se puede profundizar en ella sin interrupción. Por eso, –ojalá–, no es posible ni el aburrimiento ni la rutina cuando se vive la fe en una actitud clara. Es justamente necesario, por ello, vivir en una cierta profundidad. Y el método consiste en ir ahondando siempre y cada vez más en lo mismo, en esa viva e inexhausta realidad que es el seguimiento de Jesús. Se trata de ir caminando cada vez con más ilusión y esperanza junto al Maestro y con Él, sin desviaciones y sin rodeos, sin gastar energías, sin perder tiempo ensayando otros posibles senderos que llevarían

insensiblemente a la dispersión y, en definitiva, a la superficialidad: “Las divinas Escrituras levantan nuestro ánimo para que no nos quebrante la desesperación; por otra parte, nos amedrentan para que no nos agite el viento de la soberbia. Seguir el camino medio, verdadero, recto, que va, digámoslo así, entre la izquierda de la desesperación y la derecha de la presunción, nos sería muy difícil si no nos dijera Cristo: ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’. Como si nos dijera: ‘¿por dónde quieres ir?’ Yo soy el camino ¿adónde quieres ir? Yo soy la verdad ¿dónde quieres permanecer? Yo soy la vida. Caminemos, pues, con seguridad por esta vía, pero temamos las asechanzas que la amenazan” (*Sermón 156, 1*). Se trata, pues, a la luz de Cristo, nuestra verdadera esperanza, de evitar el dejarnos influir por un ambiente que, en la mayoría de los casos, nos cierra los ojos a la realidad. Por encima de todos los fracasos, siempre hay hombres y mujeres que, día a día, viven con esperanza creativa.

V. EN LENGUAJE VIVO, LA EXPERIENCIA AGUSTINIANA

La historia personal de Agustín, también la tuya y la mía, con su propio peso de herencia, educación y cultura, con el bagaje de relaciones en que se va desarrollando en el transcurso de los años, con su abismo de dolor y de enigma, es siempre la encarnación de un continuo acto creador. Tomar conciencia de ello, en constante espera y acogida, es permitir a Dios, único bien y soberano, que se nos revele en lo cotidiano. Dejar a Dios expresarse en nuestra vida, en nuestro corazón, sin oponer resistencia. Agustín, –¿también, nosotros?–, sabe que en la medida que se entrega a estas esperas, le llegará, de manera sorprendente, la fuerza que en cada momento necesita y que le hará vivir un acontecimiento “nuevo” dentro de sí mismo y como luz que se hace presente en medio de la oscuridad y de la duda: “En consecuencia, a la espera de que surgiese algo seguro adonde encaminar mis pasos, tomé la resolución de ser catecúmeno en la Iglesia católica, que me había sido recomendada por mis padres” (*Confesiones 5, 14, 25*).

En la experiencia agustiniana es constante la idea de la espera de Dios y de la espera en Dios como un paso que se va revelando al hombre en una pedagogía de corazón compasivo y misericordioso que sólo Alguien que ama infinitamente es capaz de permanecer y seguir esperando a pesar de todas las debilidades humanas hasta que se quiera volver libremente a Él. Agustín tuvo a lo largo de su vida la posibilidad de los “arreglos pacíficos”, el triste juego de no quererse incomodar por dentro mientras se mantiene un tono escéptico en la vida. Pero, en un momento providencial, se le hace presente la luz, pudo mirar hacia otro horizonte: “Acongojado y ardiente de fiebre por la penuria de la verdad, la buscaba ya no con el discernimiento de la razón, sino según el sentido de la carne. Pero Tú estabas más íntimo que mi mayor intimidad y más alto que lo más alto de mi ser. Y yo, fuera de mí, habitaba en los ojos de la carne y rumiaba dentro de mí lo que devoraban mis ojos” (*Ib. 3, 6, 11*). Y esta respuesta que será luego constante ejercicio de esperanza, se convierte en situación límite, camino exigente hacia la otra orilla. ¿Acaso Agustín no nos descubre que la esperanza es vivir siempre en un riesgo de amor, una presencia silenciosa, una respuesta que habla desde los hechos que configuran y que expresan un modo interno y veraz de comprender la existencia? La esperanza y, mucho más el vivir el arte

de la esperanza cristiana, es ese punto necesario e integrador entre los dones de Dios y la libertad humana, entre los proyectos de Dios y del hombre. Es lo que va uniendo la distancia que aún separa, el hilo que va tejiendo necesariamente la encarnación del mundo. Como si, después de salir de las manos del Creador, fuera la esperanza el alfarero discreto y cotidiano de ese trabajo que encarga el Señor, llegar a hacernos conformes a su propia vida: “Esperamos a Dios de Dios, de modo que el objeto de la esperanza, que es la posesión frutiva de Dios, y el medio de lograrla es el mismo Dios, que ha hecho promesas que deberán cumplirse. En esto consiste el amor gratuito a Dios: en esperar de Dios a Dios, en rellenarse y darse un hartazgo de Él. Porque Él te basta a ti y fuera de Él nada te basta. ¡Qué bien conocía esto Felipe al decir: ‘Señor, muéstranos al Padre y con esto nos basta!’” (*Sermón 334, 3*).

En la experiencia interior de Agustín, siempre buscando la luz para responder a la inquietud por encontrar la Verdad y el Bien, se expresa su deseo también de responder a la gracia que recibe de lo alto. En momentos concretos Agustín se encuentra en escucha creyente y esperanzada vigilia para dejarse sorprender por la presencia activa de Dios que quiere ser íntima y creativa: “Dios enseña la suavidad excitando el deleite, la disciplina disponiendo la tribulación y el conocimiento iluminando el camino. Como hay cosas que debemos aprender para saberlas y otras que debemos saber para practicarlas, cuando Dios nos enseña lo hace en forma tal que, al revelarnos la verdad, nos da el conocimiento de lo que debemos saber y, al inspirarnos el deleite, nos capacita para hacer lo que debemos” (*Comentarios a los Salmos 118, 17, 3*). Un creyente da gracias a Dios porque, en su espera amorosa, estamos ya definitivamente “movidos y elegidos por Él”, llamados a que en el momento preciso la esperanza se convierta en respuesta, una actualización del “toma y lee, toma y lee”. Agustín, desde su experiencia personal, nos indica que Dios recrea incansablemente desde el interior del corazón el tiempo y las cosas, estrenando, ensanchando, unificando...en esos procesos lentos y oscuros y, a veces, dolorosos que sólo Él conoce: “¿Cuándo tendré tiempo suficiente para recordar y poner por escrito todos tus grandes beneficios para con nosotros en aquel período de tiempo, teniendo como tengo prisa para recordar otros mayores? Porque resulta que me vienen a la memoria –y me es dulce confesártelo, Señor–, los estímulos internos con que me fuiste desbravando, el sistema que te serviste para nivelarme, achicando los montes y collados de mis pensamientos, cómo rectificaste mis caminos tortuosos y cómo suavizaste mis senderos abruptos” (*Confesiones 9, 4, 7*). Esta acción silenciosa y constante de Dios, a la que alude Agustín con tanto agradecimiento, nos revela que la esperanza es saber dejarse sorprender por un “acontecimiento” que puede cambiar totalmente la existencia, incluso con su desgarramiento necesario. La experiencia de la cruz es encontrarse con Jesús que habla sobre la necesidad de bajar hasta el fondo. Hay semillas, como los tiempos o las voces, que al principio, brotan enseguida pero se agostan nada más salir el sol y es que no tienen hondura de espera. La impaciencia, la superficialidad, el desánimo, siguen siendo las tentaciones que amenazan con secar las semillas de la vida depositadas en cada persona y en la hora adecuada; tienen que ver con la tentación de apropiarse de la realidad sin

querer entregarse a ella. Y nos asaltan cuando no aceptamos los límites, el tiempo y los esfuerzos necesarios para la maduración de nosotros mismos.

Parece obvio resaltar que en la experiencia vital de Agustín hay siempre una lección: la aventura inquieta, traducida en búsqueda de los *cuándos* y los *cómos*. También las concreciones en su trayectoria personal como el espacio cotidiano donde la esperanza despliega su luz y su energía. Y es un camino desde abajo. Descubrir cómo se está gestando en lo oculto de mí mismo la venida silenciosa pero eficaz de la gracia y disponerse luego a dejarse conducir por ella. En el fondo del ser humano, así nos lo enseña Agustín, laten siempre, de manera misteriosa, el infinito y la llamada. El ser humano es siempre un ser que tiende a su realización plena, un ser abierto a OTRO y al compromiso por Él: “¡Oh Dios, Padre nuestro, que nos exhortas a la oración y al mismo tiempo nos concedes lo que se te pide, puesto que, cuando te rogamos, vivimos mejor y somos mejores!, escúchame a mí que ando agitado en estas tinieblas, y alárgame tu mano. Ayúdame con tu luz, líbrame de los errores, para que, guiándome Tú, haga mi retorno en mí y en Ti” (*Soliloquios* 2, 6, 9). Dios está ahí... llamando, convocando, intentando ofrecer un camino de plenitud y de felicidad. Dios está ahí sosteniendo la sinceridad y la fidelidad que construyen el interior del hombre cuando éste desea encontrarse consigo mismo y con Dios. Para desencadenar algo nuevo es necesario implicarse críticamente consigo mismo, reactivarse a afirmar un rostro nada encontrado. La Encarnación del Hijo de Dios, después de la espera anunciada de los siglos, es una revelación de amor, es el diálogo que mantiene sin tensiones una vitalidad y el aprendizaje siempre difícil de la existencia cristiana. Así lo ha experimentado Agustín: “Mientras tanto, mis años discurren entre gemidos. Tú, Señor, eres mi único solaz y mi Padre eterno. Pero como yo me dispersé en el tiempo, cuyo orden desconozco, las más íntimas entrañas de mi alma son destrozadas por sus vaivenes y tumultos hasta que purificado y fundido en la hoguera de tu amor, corra a Ti para tomar consistencia y logre solidificarme en el crisol de tu Verdad como en mi molde” (*Confesiones* 13, 25, 27).

Hablar de esperanza tiene en Agustín un lenguaje muy propio: “Tenía dentro hambre de alimento interior” (Ib. 3, 1, 1). Y, en definitiva, el deseo de un alimento que sacie totalmente su inquietud es el comienzo de pensar que el verdadero ser no está en lo exterior, sino que reside en lo íntimo, como morada de la Verdad, más íntimo que la propia intimidad. Comienzan de esta manera las intuiciones agustinianas de la esperanza a expresarse en términos tan sugestivos y tan entrañables hasta el punto de fundamentar la “*espiritualidad de la esperanza*”: “Llegará el tiempo en que veré aquello que ahora creo sin verlo; y viendo lo que ahora creo, seré feliz. Tendré entonces en realidad lo que ahora sólo poseo en esperanza. Al presente suspiro y voy en busca de un asilo seguro para colocarme a salvo; estoy enfermo y me dirijo al médico. Vivo contento en mi esperanza, porque Tú eres fiel a tus promesas; pero, como no te poseo aún, gimo bajo el agujijón del deseo” (*Comentarios a los Salmos* 70, 1, 7-9).

VII. GLOSA AGUSTINIANA DE LA ESPERANZA EN TRES TIEMPOS (LEYENDO LAS CONFESIONES)

“Vemos ahora que los hombres esperan muchas cosas terrenas, y según el siglo no hay ninguna vida de hombre que esté sin esperanza y hasta la muerte hay siempre un aliento de esperanza...” (Miscelánea Agustiniiana I; *Denis* 22, 2, 134)

PRIMER TIEMPO

Esperanza en los niños para que crezcan, para que se instruyan, para que se formen en la cultura (Ib.)

“Te confieso, Señor del cielo y de la tierra, y te alabo por los preludios de mi niñez de que no hago memoria y por haber concedido al hombre sacar conclusiones de tipo personal basándose en la conducta de los demás e incluso creer en muchos detalles en base a las aserciones de algunas mujercillas” (*Confesiones* 1, 6, 10)

“¿No es cierto que yo, en mi camino hacia la madurez, pasé de la infancia a la niñez? ¿O fue más bien ésta la que vino a mí y sucedió a la infancia? Claro que la infancia no se fue ¿Adónde iba a ir? Y, sin embargo, no existía ya. Yo ya no era un bebé desprovisto de habla, sino un niño que hablaba. Me acuerdo muy bien de esto” (Ib. 1, 8, 13)

“Pero, por otro lado, hice un descubrimiento: vi que había personas que te invocaban. De ellas aprendí, dados mis cortos alcances, que tú eres alguien, que eres grande y que puedes escucharnos y apoyarnos, aunque no te manifiestes a nuestros sentidos. Niño como era, comencé a implorarte, auxilio y refugio mío, y al invocarte rompía las trabas de mi lengua...” (Ib 1, 9, 14)

“Señor, escucha mi oración para que mi alma no decaiga ante la severidad de tu magisterio, ni yo desfallezca en confesar tus misericordias con que me libraste de todos mis torcidos caminos, para que sigas siendo para mí más dulce que todas las seducciones que yo secundaba, para que te ame con todas mis energías, me coja de tu mano lo más fuerte que pueda y me saques de toda tentación por siempre. Porque tú, Señor, eres mi rey y mi Dios. Que todo cuanto de útil aprendí en mi niñez redunde en servicio tuyo” (Ib. 1, 15, 24)

“A pesar de todo, te doy gracias, Señor soberano, óptimo, creador y gobernador del universo, aunque hubiera querido que me quedase siempre en niño... Gracias, dulzura mía, honor mío, confianza mía, Dios mío; gracias por tus dones. Sigue conservándomelos. De este modo me guardarás a mí, y los dones que me hiciste se verán incrementados y perfeccionados. Y yo estaré contigo, porque mi misma existencia es un don tuyo” (Ib. 1, 20, 31)

SEGUNDO TIEMPO

Esperanza en los adolescentes para casarse y formar familia (cf. MA 1)

“Voy a evocar mis caminos llenos de perversión, con ese poso de amargura que supone remover estos recuerdos. Los evoco para que tú repitas tus dulzuras conmigo, tú que eres dulzura sin engaño, dulzura dichosa y garantizada. También espero que recompongas de la fragmentación en que estuve escindido a al apartarme de ti, que eres la unidad, e ir tras mi propia difuminación en el mundo de la multiplicidad” (*Confesiones* 2, 1, 1)

“Pero, tras abandonarte, continué, pobre infeliz, en este estado de efervescencia, siguiendo los impulsos de mi dispersión, y pasé por encima de todas tus ordenanzas, aunque sin conseguir zafarme de tus azotes... Tú siempre estabas a mi lado” (Ib. 2, 2, 4)

“¡Ay de mí! ¿Y tengo el atrevimiento de decir que tú guardabas silencio Dos mío, cuando yo era el que me iba alejando más y más de ti? ¿Es cierto que te hacías el callado conmigo? ¿Y de quién sino tuyas eras aquellas palabras que me venían por conducto de mi madre, tu sierva fiel, y que tú cantaste a mis oídos?” (Ib. 2, 3, 6)

“¿Qué le pagaré al Señor por hacer que mi memoria recuerde todos estos detalles sin que mi alma tema por ello? Te amaré, Señor, y te daré gracias y confesaré tu nombre, porque has personado esas acciones mías tan malas y perversas. A tu gracia lo atribuyo ya y a tu misericordia, porque descongelaste mis pecados como si se tratara de hielo. También atribuyo a tu gracia todo tipo de maldades que no he cometido. Pero ¿qué no pude hacer yo, que llegué a amar el delito en sí mismo y sin nada a cambio?” (Ib. 2, 7, 15)

“Gracias a la fe y al espíritu que le habías dado (a su madre Mónica), veía ella mi muerte. Y tú la escuchaste, señor. La escuchaste y no mostraste desdén por sus lágrimas, que profusamente regaban la tierra donde hacía oración. Tú la escuchaste. Porque si no, ¿cómo explicar aquel sueño con que la consolaste hasta el punto de readmitirme a vivir y compartir con ella la mesas y el hogar que había comenzado a negarme ante el horror y aversión que le provocaban las blasfemias de mi error?” (Ib. 3, 11, 19)

“En aquellos años tenía yo una mujer que convivía conmigo no por lo que se denomina matrimonio legítimo, sino que yo la había cazado en mi afán aventurero, carente de juicio. Pero sólo tenía esta mujer y le guardaba fidelidad de marido” (Ib. 4, 2,2)

“No seas frívola, alma mía, ni aturdas el oído del corazón con el alborozo de tu vanidad. Entérate tú también. Es la Palabra en persona la que te grita que vuelvas, porque sólo hallarás un lugar de descanso inalterable allí donde el amor no es objeto de abandono si no nos

abandona él. Mira, aquellas cosas se retiran para dar paso a otro tipo de realidades, y para que de este modo se configure en todas sus partes el universo inferior. ¿‘Acaso me retiro yo a alguna parte’?, se pregunta la Palabra de Dios” (lb. 4, 11, 16)

“Tendría yo unos veintiséis o veintisiete años cuando redacté aquellos volúmenes, dándole vueltas en mi cabeza a aquel conglomerado de ficciones corporales que aturdían los oídos de mi corazón. Mis oídos, oh dulce Verdad, los tenía bien atentos a tu íntima melodía en mis meditaciones sobre la belleza y la aptitud. Ansiaba ponerme en pie y oírte y saltar de gozo ante la voz del esposo, pero no podía, porque el alborozo de mi error me arrastraba hacia fuera y el peso de mi orgullo iba hundiéndome en el abismo. No me concedías el gozo y la alegría, ni que se alegraran mis huesos, porque no estaban quebrantados” (lb. 4, 15, 27)

“Tú, Señor, que eres mi esperanza y mi lote en la tierra de los vivos, para que yo cambiara de emplazamiento geográfico en bien de mi alma, ponías espinas...” (lb. 5, 8, 14)

“Esperanza mía, desde mi juventud, ¿dónde estabas para mí? ¿Adónde te habías retirado? ¿No me habías creado?...Había perdido las esperanzas de encontrar la verdad” (lb. 6, 1,1)

TERCER TIEMPO

Esperanza en los padres para educar, para alimentar, hacer hombres a los que acariciaban cuando eran párvulos (cf. MA 1)

“¿Y qué es, Señor, lo que pretendo decirte? Sólo una cosa: que desconozco de dónde he llegado yo acá, a ésta que no sé si llamar vida mortal o muerte vital. Nada de esto sé. Lo que sí sé es que tuve una buena acogida. Me lo brindaron los detalles de tu ternura para conmigo. Así se lo oí a los padres de mi carne, del cual y en la cual me formaste en el tiempo” (*Confesiones* 1, 6, 7)

“Con esta finalidad me mandaron a la escuela a estudiar las letras de cuya importancia no tenía yo, pobre infeliz, ni la más remota idea. Esto no me era óbice para que me costara buenos azotes mi falta de aplicación” (lb. 1, 9, 14)

“Siendo niño, había oído hablar de la vida eterna que nos está prometida mediante la humildad del Señor Dios nuestro, que descendió hasta nuestra soberbia. Me señalaron con la señal de la cruz y saboreé la sal bendita apenas salí del seno de mi madre, que tuvo una gran esperanza en ti” (lb. 1, 11, 17)

“¿Quién no iba a hacerse lenguas de aquel hombre que era mi padre, que por encima de sus posibilidades económicas se gastara en el hijo todo cuanto fuera necesario tanto para un viaje tan largo como

para los estudios que iba a realizar?...Ciertamente que tampoco mi padre tenía especial interés en los progresos que yo pudiera hacer en tus sendas” (lb. 2, 3, 5)

“Ni siquiera aquella mujer que era mi madre... se ocupó de esto para no poner trabas, con el vínculo conyugal, a las expectativas que en mi persona tenía cifradas. No me refiero a la esperanza en un mundo futuro, que mi madre tenía profundamente arraigada en ti, sino a la gran ilusión que tenía puesta en mis estudios literarios que tanto mi padre como mi madre ansiaban que yo cursara con gran aprovechamiento” (lb. 2, 3, 8)

“Como todas las madres, y aún más que la mayoría de ellas, deseaba tenerme a su lado, sin sospechar las grandes satisfacciones que tú proyectabas para ella con mi ausencia. Nada de esto sospechaba; por eso son perfectamente explicables sus lágrimas y lamentos. Esta situación de aflicción y angustia era algo así como el reflejo de las huellas de Eva, que buscaba con lamentos lo que había parido con dolor” (lb. 5, 8, 15)

“Acto seguido nos dirigimos los dos hacia mi madre. Se lo contamos todo. Se llena de alegría. Le contamos cómo ha ocurrido todo: salta de gozo, celebra el triunfo, bendiciéndote a ti que eres poderoso para hacer más de lo que pedimos y comprendemos” (lb. 8, 12, 30)

“Había sido mujer de un solo hombre, había rendido a sus padres los debidos respetos, había gobernado su casa piadosamente y contaba con el testimonio de las buenas obras. Había criado a sus hijos, pariéndoles tantas veces cuantas les veía apartarse de ti” (lb. 9, 9, 22)

“Ella añadió: ‘hijo, por lo que a mí respecta, nada en esta vida tiene atractivo para mí. No sé qué hago aquí ni por qué estoy aquí, agotadas ya mis expectativas en este mundo. Una sola razón y deseo me retenían un poco en esta vida, y era verte cristiano católico antes de morir. Dios me lo ha dado con creces, puesto que, tras decir adiós a la felicidad terrena, te veo siervo tuyo” (lb. 9, 10, 26)

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Valoro la vida como esperanza?
- ¿En la medida que vivo en y desde la esperanza, genero vida e ilusión?
¿Cómo?
- ¿Por qué la espiritualidad agustiniana puede llamarse *una espiritualidad de la esperanza*?

